

observado esta función importante y la describe muy detalladamente. «La víbora, dice, yace con el cuerpo completamente estirado y expelle un huevo tras otro por la abertura del canal en la que desembocan los oviductos, sin duda alternando, de modo que cuando ha puesto el procedente de un oviducto, el siguiente sale del otro. En el acto mismo del desove levanta la cola algo inclinada y á veces en forma de arco, mientras que el cuerpo descansa en el suelo. Entre la puesta de cada huevo nótase el intervalo como de varios minutos, y á veces de un cuarto y hasta de horas enteras. Mientras dura esta operación he observado constantemente que el reptil pierde toda su ferocidad. Apenas sale el huevo del cuerpo de la madre, ya se estira el viborezno que encierra aquel, rompe la delgada cáscara y saca el cuerpo fuera, arrastrando todavía la túnica interior de la yema, que pierde luego, cortando el cordón umbilical en los primeros esfuerzos que hace para reptar; libre ya de este entorpecimiento y completo el pequeño animal en todas sus partes, empieza en el acto á vivir de cuenta propia sin curarse de sus progenitores.

» Debo observar que la víbora nace feroz y continúa siéndolo hasta el término de su vida. He visto viboreznos, todavía húmedos del huevo que acababan de abandonar, que al tocarles ya empezaban á silbar y á morder, siendo muy divertido observar cómo estos pequeños animales al dar, por decirlo así, sus primeros pasos en este mundo, no se descuidan de abrir de cuando en cuando la boca, sacando los dientes venenosos y ensanchando la parte posterior de la cabeza, ensayándose desde el primer día de su vida en el uso que han de hacer de tan mortíferas armas.

» Cuando nacen miden unas 7 pulgadas, antes mas que menos, de largo, y 4 líneas y cuarto de grueso en el centro del cuerpo. Cabeza, escudos, escamas, dientes, etc., están formados tal como en los adultos, pero todo el animalito aparece cubierto de una piel muy delgada, trasparente y poco adherida al cuerpo, á través de la cual presenta la coloración un tinte mas claro. Pocas horas, y á veces minutos, despues de nacer se despojan de esta piel de la misma manera que suelen hacerlo los adultos, siendo esta la primera operación importante de su vida.

» Entre los viboreznos nacidos en mi casa he encontrado siempre tan solo una quinta parte de machos; tambien en el campo he podido observar constantemente mayor número de hembras que machos jóvenes, mientras que en los adultos están los sexos casi equilibrados. ¿A qué causa podrá atribuirse este fenómeno?

» Debo advertir tambien que en las víboras no hay indicio alguno de amor de familia. Tan pronto como el viborezno sale del huevo, tira por su lado, sin tener la menor pretension al cariño de la madre, que tampoco se cuida de sus hijuelos, y sin entretenerse con sus hermanos. Encuéntanse estos pequeños animales aislados, cada uno por su camino, poseidos de aquel valor y de aquella confianza en sí mismos que presta la conciencia de la propia fuerza. Deseoso de saber si tan jóvenes eran ya dueños del veneno mortal con cuya eficacia parecían contar, hice con este motivo varios experimentos. Saqué del cuerpo de la madre á un pequeño huevo, que segun mis cálculos debiera nacer cinco dias mas tarde, pasé una aguja repetidas veces por el sitio de la cabeza donde se encuentran las glándulas venenosas, y herí con ella á un pico cruzado, pero sin que este sintiera efecto alguno; hice igual operación en otro reptil y otro pájaro, obteniendo idéntico resultado. Encerré despues una pequeña rata en una caja que contenia diez y seis viboreznos nacidos en casa, los que por término medio solo contaban seis dias de vida. El raton no demostró al principio recelo alguno, pero mientras

saltaba de un lado á otro empezó á cundir un silbido de mal agüero entre los pequeños reptiles, que le miraban furiosos, y cada vez que se les acercaba le tiraban mordiscos. El roedor esquivaba como podía los ataques, pero por fin recibió dos mordeduras, penetrando algunas de las mas fuertes en el hocico y el pié izquierdo, y sucedió dos veces que uno de los viboreznos clavó con tal furia sus dientes en el raton, que este le arrastró un buen trecho. Saqué por último de la caja al pequeño mamífero, que cojeaba y se limpiaba á menudo el hocico y el pié herido; fué languideciendo, y murió al cabo de una hora. Introduje otro raton en una caja que encerraba veinticuatro viboreznos de igual edad que los anteriores, y el resultado fué casi idéntico.»

Otros observadores están conformes con el anterior; de un experimento hecho por Kiroch resulta que tambien los pelias recién nacidos pueden envenenar mortalmente.

Petry nos ha hecho una descripción notable sobre la reproducción de los pelias. Este observador tuvo un individuo adulto, que un amigo suyo creyó haber muerto de un palo, pues le hirió de tal modo, que en muchas horas despues el animal no se movió. Petry pudo reconocer por los ojos que el reptil vivía aun; púsole en su jaula de serpientes é hizo todos los esfuerzos para volverle á la vida, humedeciéndole con agua fresca la parte herida del lomo. Al medio día siguiente encontró el reptil un poco enroscado, en posición natural, y á los ocho dias el pelias estaba otra vez tan alegre y deseoso de morder como si nada hubiese tenido. Trascurrido un mes, la serpiente dió á luz en un solo día diez hijuelos de los que cuatro estaban muertos, sucumbiendo los otros poco despues; á la noche siguiente, la hembra parió otro individuo, que se distinguió como todos sus congéneres por su carácter irascible; dejósele en la misma jaula con la madre, hasta que esta, llegado el 6 de diciembre, murió de debilidad. Con gran asombro del observador halláronse el 12 de diciembre otros dos hijuelos bien desarrollados, aunque muertos, que la madre solo pudo dar á luz en los últimos dias frios, pues uno de los hijuelos se hallaba todavía en una masa blanda y sangrienta. El pelias habia dado á luz por lo tanto, quince semanas despues del primer parto, tres hijuelos del todo desarrollados. Petry explica este hecho extraño, sin duda con razón, por la herida de la hembra y la posición probable de los tres huevos, cuyo desarrollo se interrumpió quizás hasta la curación completa de la herida.

CAUTIVIDAD.—Los cautivos justifican por completo lo dicho por Lenz de que la víbora no depona su ferocidad sino con la muerte, aunque pasando el tiempo, la modera algun tanto, mordiendo menos frecuentemente que al principio; sin embargo, jamás se deja domesticar en el verdadero sentido de la palabra, siendo de todo punto imposible conseguir que deje de tirar mordiscos á su guardian, lo que hace que su trato sea siempre peligroso. No es menos notable la resistencia que opone á tomar alimento alguno en la jaula. «Diríase, escribe Lenz, que desde el momento en que pierde su libertad ha formado la firme resolución de dejarse morir de hambre; pues casi siempre inmediatamente, ú horas y hasta dias despues, arroja la comida que ha tomado, por mas precauciones que se empleen al cogerla, y aunque solo se le apriete la extremidad de la cola. A veces arroja ya el contenido de su estómago cuando se la levanta por la punta de dicho apéndice, otras en el saco ó caja en que se la encierra para trasportarla á casa, y muy frecuentemente despues de haber pasado algun tiempo tranquila en la vivienda que se le ha preparado. En cautividad he presentado á la víbora, además de ratones, pájaros, ranas, lagartos, etc., varios otros alimentos como insectos de toda especie, gusanos, huevos de hormiga, de pájaros, de lagartos, peque-

ñas serpientes de otras especies, etc., pero jamás conseguí excitar su apetito; tan solo devoraba á veces los huevos de hormiga, pero sin digerirlos por completo. Tambien probé de introducir á viva fuerza en el cuerpo de una víbora que no comía desde mucho tiempo pequeños ratones, cogiéndola con la mano izquierda por la nuca y empujando con la derecha al raton, por medio de unas tenazas y despues de un palo en el esófago del reptil; sin embargo, perdí el tiempo, pues al poco rato escupió la víbora el «embutido.» Esta tenacidad en rehusar todo alimento es la regla general, que como todas tiene tambien sus excepciones: cuando se le prepara á la víbora una cárcel bastante cómoda, arreglándole el suelo á imitación de los terrenos pantanosos, se decide á veces á tomar algun alimento. Así lo experimentaron Erber y Effeldt y tambien yo. «Habiéndome asegurado, dice el primero, varios entendidos erpetólogos que nuestra víbora alemana nunca devoraba alimento alguno en cautividad, descuidaba generalmente proveerla del mismo. Con todo, solté un día un par de jóvenes ratones en la jaula, y no fué poca mi sorpresa al inspeccionarla algun tiempo despues, contemplar cómo el reptil devoraba cómodamente á uno de los roedores.» Effeldt afirma tambien que entre las muchas que habia tenido cautivas encontró algunas que acabaron por aceptar las presas que se les presentaban, habiéndolas que hacían sus comidas con toda regularidad. Sin embargo, estas no son sino excepciones, pues por regla general las víboras cautivas se condenan á morir de hambre, por lo que raras veces se consigue mantenerlas vivas por mas tiempo que unos nueve meses.

UTILIDADES Y PERJUICIOS.—Entre todas las serpientes de nuestro país, la víbora pelias es la que mas contribuye á la destrucción de toda clase de animales dañinos, y sin embargo, nadie le agradece estos servicios, procurando todos extinguir su raza en la parte que pueden. En verdad, en ningun otro animal de nuestro país está mas justificada esta persecución tan constante y sin miramiento alguno. Actualmente es raro en Alemania que un hombre pierda la vida por la acometida de un animal feroz; con todo, en los últimos años se conocen cincuenta casos de vidas humanas sacrificadas por la mordedura de una víbora, y otros tantos pueden haber sucumbido de igual muerte sin que de ello haya habido noticia oficial. Linck tiene tal vez razón al suponer que en Alemania mueren anualmente dos hombres de los efectos ponzoñosos de la mordedura de la víbora, y que otros veinte son envenenados de igual modo, pero consiguiendo salvar la vida.

Tenemos una descripción minuciosa sobre los efectos del veneno, tanto mas importante cuanto proviene de un médico que experimentó los efectos en su propia persona. Un pelias adulto mordió á Heinrel, segun él mismo refiere, el 28 de junio á la una de la tarde, infiriéndole la herida junto á la uña del dedo pulgar de la mano derecha; el día era caluroso; el reptil, corpulento é irritado, no habia mordido hacia tres dias; y al clavar los dientes pudo coger todo el dedo con sus mandíbulas, introduciendo los dientes en toda su longitud. Las heridas estaban situadas de tal modo, que solo las pocas gotas de sangre que poco á poco llenaron el surco de la uña, indicaron el sitio dañado, aunque el dolor fué agudo. El observador hizo algunos movimientos convulsivos cual si le hubiera penetrado una corriente eléctrica, pues en el momento de clavarse los dientes experimentó un dolor á lo largo del pulgar, dolor que llegó hasta el codo y el sobaco. «Estreché ligeramente el pulgar, dice, por debajo de la herida, chupando la sangre de esta; pero no practiqué ninguna incisión, ni tampoco cautericé la herida, porque no me daba cuidado la señal de los dientes del reptil; habia forma-

do una opinión errónea de los efectos del veneno, y me parecieron innecesarios los remedios; pero desde el momento en que recibí el mordisco quedé como atolondrado, y á los diez minutos me sobrevinieron ligeros vértigos y un desmayo el cual pasé sentado. Estos vértigos no cesaron hasta el mediodía del 30 de junio, y entonces, á eso de las dos de la tarde, me desmayé por segunda vez. La herida habia adquirido entre tanto un color gris azulado y en todo el pulgar tenia una inflamación acompañada de un dolor agudo; desde entonces los desmayos se repitieron con mas frecuencia y duraron mas tiempo. Desde las dos á las tres se hincharon toda la mano y el brazo hasta el hombro, de tal manera que apenas pude levantarlos; á las dos y media perdí de tal modo la voz que apenas me pudieron comprender, y solo con grandes esfuerzos conseguí emitirla. Al mismo tiempo empezó tambien á hincharse el estómago entre agudos dolores; á las tres dadas arrojé por primera vez, y á poco se declaró la diarrea. Siguiéron las convulsiones sin dolor, en una parte de los músculos abdominales, en varios sitios del cuerpo, siendo continua la de la vejiga. Al fin, perdí las fuerzas; estuve casi siempre tendido en el suelo, sin ver apenas ni oír; experimenté una sed abrasadora y un continuo frio en todo el cuerpo, así como en el brazo hinchado, en el cual, exactamente en la dirección marcada por el primer dolor, se estancó la sangre. Solo sentí entonces malestar en el estómago hinchado; la aspiración era libre, y tampoco tuve palpaciones de corazón ni dolor de cabeza.

» Las personas que me rodeaban dijéronme que la descomposición de mi rostro era tal que no fué posible reconocerme. Tambien me aseguraron que habia delirado á menudo, aunque conservado todas mis facultades intelectuales excepto cuando me sobrevino el desmayo. Muchas veces quise hablar sin poder acabar la frase por debilidad. A las siete, es decir, seis horas despues del mordisco, cesaron los desmayos, las convulsiones generales, los vómitos y la diarrea y poco despues tambien el dolor de estómago; bebí algunos tragos de tintura de opio; pasé la noche sin dormir aunque tranquilo en la cama, y solo me molestaron los dolores del cuerpo que iba hinchándose. Estas inflamaciones se sucedieron del modo siguiente: cuando á las siete examiné mi brazo, así este como los dedos y la mano habian adquirido doble tamaño del natural; la herida presentaba un color negro de sangre y de ella partía una serie de puntos rojos y rojizos que continuándose por la cara interior del carpo llegaba hasta el codo y el sobaco, el cual tambien estaba hinchado en toda su extensión; en ninguna parte tuve las venas endurecidas ni aglomeración en las glándulas.»

Durante la primera noche el brazo se hinchó aun mas, y de tal modo se estancó la sangre, que toda esta extremidad presentó manchas rojas y azules, que así como la hinchazón se habian extendido desde el sobaco, pasando por el pecho hasta cerca de las costillas, y al día siguiente hasta las caderas. Los dolores de las partes hinchadas cuyo calor no diferia mucho del del resto del cuerpo, habian aumentado y solo cuando el enfermo sudaba sentia algun alivio; la hinchazón disminuyó despues de aplicarse una untura ordenada por el médico, pero cuando el paciente trataba de levantarse experimentaba vértigos ó un largo desmayo. El enfermo sentia necesidad de sudar y cuando lo conseguia mitigábase considerablemente los dolores. Continuaba la dificultad para orinar; el pulso era débil; el apetito bueno, y el sueño muy agitado. El 30 de junio persistia la hinchazón y la estancación de la sangre en las paredes abdominales, extendiéndose por la cadera hasta la mitad del muslo; en los dedos comenzó á disminuir marcadamente la hinchazón. Despues de sudar mucho rato desapareció al medio día el vértigo y por

la tarde el enfermo pudo levantarse algunas horas. El brazo le dolía mucho aun; el pulso era débil, y existía de nuevo el desagradable sintoma del frío, mientras que disminuía la dificultad para orinar; el apetito era bueno y la sed se había calmado. El 1.º de julio cedió la hinchazón de la cadera y de la pared abdominal, y al mismo tiempo desaparecieron los dolores de la vejiga. La debilidad sin embargo era aún considerable y por lo demás seguía la enfermedad su curso anterior. El 8 de julio la hinchazón había desaparecido de todo el pecho, y por última vez se observaron las estancaciones de la sangre que de continuo se habían formado en los tres últimos días. El sueño fué mas tranquilo á pesar de los agudos dolores en el brazo, y aunque se notaba todavía mucho la descomposición y palidez del rostro. En los ocho días siguientes la hinchazón y las estancaciones de la sangre desaparecieron del todo, y solo se produjeron durante tres semanas ligeros dolores de vientre.

«Hoy 10 de agosto, seis semanas despues de la mordedura, concluye el citado médico, obsérvase por la noche una ligera hinchazón en la mano derecha; la piel tiene un color sucio en todas las partes dañadas y es muy sensible á la presión y al cambio de temperatura. No puedo echarme del lado derecho; el brazo está débil y duele á veces horas enteras. Estoy mucho mas flaco que antes y no he perdido aun del todo la impresión del frío; á menudo me siento débil durante muchos días y el color de mi rostro continua cambiado. Tengo la convicción de que la mordedura me interesa una grande arteria, lo cual produce casi siempre la muerte, porque ningun remedio surte efecto.»

Segun las experiencias de Bollinger, en los envenenamientos por el mordisco del pelias comun que producen la muerte, esta parece inminente algunas veces en el espacio de dos ó tres semanas. De seiscientos diez mordidos de que Bollinger tuvo noticia, murieron cincuenta y nueve; de modo que la mortandad fué por lo tanto de un diez por ciento.

Un caso referido por Lenz, y que reproduzco aquí, demuestra cuál es la duracion de los efectos del mordisco de un pelias y cómo una pequeña gota del virus destilado por el diente de la víbora puede emponzoñar toda una larga vida.

Marta Isabel Yaeger de Walthershausen, que tenia sesenta años cuando Lenz escribió su tratado de las serpientes, había sido mordida por una víbora cuando muchacha de diez y nueve, al atravesar descalza unos matorrales. En los primeros momentos no hizo gran caso de su herida, pero muy pronto empezó á hinchársele el pié, llegando mas tarde la hinchazón y el dolor hasta la parte superior del cuerpo, de modo que cayó al suelo sin fuerzas para poder andar. Felizmente su madre estaba allí cerca y la llevó á casa, llamando al cirujano quien le ordenó varios remedios internos y externos. El estado de la enferma fué mejorando con el tiempo, pero hasta los cuarenta años tuvo siempre la pierna dañada con grandes dolores y presentando á veces manchas amarillas, otras azules y rojas; empleando en el curso de tantos años los varios medicamentos caseros que le recomendaban los parientes y amigos. Por aquella época desapareció de repente el mal de la pierna y afluyó á los ojos, perdiendo por último, despues de sufrir mucho tiempo, la vista, y permaneciendo durante dos años en completa ceguera. Pasados estos, empezaron los ojos á sanar, y recuperó la enferma la vista, pero el mal se extendió por todo el cuerpo y en los miembros; en este estado ha permanecido, perdiendo casi por completo el oído posteriormente. En su familia es, por decirlo así, hereditaria la edad avanzada, de modo que está rodeada de parientes que recuerdan perfectamente todas las fases de la enfermedad. Es realmente extraordinario que una

persona achacada de tan terrible mal pueda vivir tantos años, pero tambien es muy triste que tenga que sobrellevar una vida tan horrorosa. Creo que todos los que oyen esta triste relacion opinarán conmigo que se deben adoptar medidas muy enérgicas para impedir desgracias como esta.

Ciertamente, quien llevado de un exagerado cariño hácia los animales pretende defender las serpientes, falta á los hombres. Es preferible mil veces que todas, lo mismo las inofensivas que las venenosas, sean exterminadas, á que perezca un solo hombre de resultas de la mordedura de una de ellas, ó que la vida de un solo sér humano se convierta en un martirio perpetuo gracias á la inoculación de tan terrible veneno. Debemos, por lo tanto, toda proteccion á los enemigos naturales de las víboras, como el iltis ó vespo, el erizo, el serpentario, etc., y constante persecucion á ellas y á toda su familia. Todo maestro de escuela debiera enseñar á sus discípulos cómo, sin arriesgarse en lo mas minimo, puede destruir animales tan perniciosos; todo padre está obligado á explicar á sus hijos cómo un solo recio golpe aplicado con una vara al espinazo de la víbora basta para matar este temible reptil. Conviene tambien recomendar á todos mucho cuidado al levantar la víbora herida, pues conserva todavía durante bastante tiempo despues de recibido el golpe mortal gran parte de su movilidad, y aunque se separe la cabeza del cuerpo, los dientes venenosos no han perdido nada de su mortífera propiedad. La cabeza cortada de la serpiente muerde todavía con la misma ferocidad que cuando está unida al cuerpo, abriéndose y cerrándose largo rato despues, demostrando de este modo que el reducido y poco desarrollado cerebro no pierde tampoco su actividad.

«Es un aspecto horroroso, dice Linck, el de una de estas cabezas sanguinolentas, con la rabia y desesperacion chispeando de sus ardientes ojos, separando violentamente las mandíbulas, y levantando los temibles ganchos venenosos, que, con la misma furia de siempre, se esfuerza por clavar en los dedos que tiene delante.» Tampoco pierde el veneno en manera alguna su eficacia despues de muerto el animal; pues, seco y reblandecido otra vez, tiene suficiente fuerza, como varios experimentos lo han demostrado, para inficionar la sangre de un mamífero de órden superior. Débese por lo tanto recomendar toda precaucion á los que por afición ó necesidad se dedican al exterminio de las serpientes venenosas; aconsejando, por otra parte, á los que habitan localidades infestadas por víboras que les den caza de noche. Encendiendo grandes fogatas se atrae á los reptiles, y entonces, provistos los cazadores de largas botas que lleguen hasta la rodilla y de un buen garrote, pueden impunemente proceder á la destruccion de animales tan perniciosos.

Por lo que toca al tratamiento de las personas que tengan la desgracia de ser mordidas por una víbora, recomendamos otra vez el uso, en grandes dosis, del espíritu de vino, en la forma que se tenga mas á mano, como ararac, coñac, ron, aguardiente, etc., que numerosos experimentos han demostrado ser el antídoto mas eficaz, y que cualquiera puede administrar al herido, pues en la mas reducida aldea siempre se encuentra aguardiente. Segun varios autores alemanes, en los distritos montañosos de la alta Baviera es muy conocido este remedio y empleado con el mejor éxito. Para tranquilidad de los que teman que el uso de los espirituosos pueda producir en estos casos las peores consecuencias de la embriaguez, podemos asegurarles que la persona mordida por uno de estos reptiles no siente en manera alguna, aun despues de absorber copiosas cantidades de bebidas alcohólicas el menor sintoma de beodez. Creemos por demás repetir que conviene asimismo en los primeros momentos extraer la sangre de la herida, ensanchándola y cauterizándola del me-

por modo posible, ó á lo menos, hasta que se obtenga la ayuda facultativa, ligar un objeto duro, como una piedra, por ejemplo, sobre la misma, tan fuertemente como pueda resistirlo el paciente.

LAS VÍBORAS PROPIAMENTE DICHAS — VIPERA

CARACTERES.—Las víboras propiamente dichas, segun la generalidad de los autores, se reducen á las demás especies europeas de los viperidos, excepcion hecha del *pelias berus* que acabamos de describir. Su denominacion científica, *vípera*, parece ser una contraccion de *vivípara*,

«la que pare vivos,» como la llamaban los romanos. Son de tan escasa importancia las diferencias entre los individuos de este género y los pelias, que se encuentra completamente justificado el proceder de Ian, quien no dando á aquellas valor alguno, reúne ambos géneros en uno solo. En las víboras, la parte anterior de la cabeza está revestida de escamas de configuracion análoga á las del cuerpo, mientras que los pelias, como hemos visto, la tienen protegida por pequeñas placas, y así como en estos aparecen las ventanas nasales de tamaño muy reducido, aquellas las presentan bastante grandes y de forma algo distinta: á estas desigualdades se limitan los caracteres distintivos que separan los dos géneros, pues en lo demás, aseméjase como individuos de una misma es-

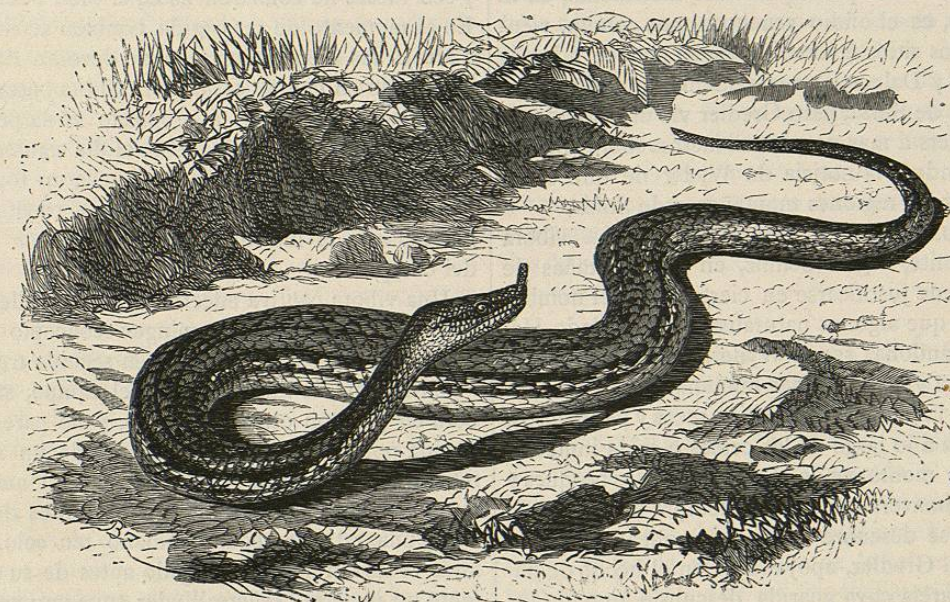


Fig. 81.—LA VÍBORA AMMODITES

pecie; examinando y comparando mas minuciosamente se encuentran, sí, otras diferencias, pero tales, como veremos al describir las especies siguientes, que no pueden en manera alguna calificarse de géneros.

LA VÍBORA ÁSPID—VIPERA ASPIS

CARACTERES.—La víbora áspid llega casi al mismo tamaño del pelias comun, pero tiene estructura mas recogida y la cabeza mas ancha. El distintivo mas seguro de ambas especies consiste, segun el exámen de Strauch, en las series de escamas que separan el ojo de los escudos del labio superior, y cuyo número en la víbora siempre es de dos, mientras que en el pelias se reduce á una; los demás caracteres no citados son los siguientes: las escamas de la víbora no están dispuestas nunca en mas de veintiuna series longitudinales, y su dorso no presenta, al menos tan á menudo como en el pelias, una faja en zig-zag, sino grandes manchas separadas, aunque dispuestas del mismo modo que las que unidas entre sí forman la capa dorsal del pelias. La coloracion del fondo, sobre el que se destaca el dibujo en tinta mas oscura, ofrece los mas varios matices, desde el pardo claro hasta el rojo de cobre ó pardo negruzco, y, lo mismo que en el género anterior, suelen dominar en los machos los colores claros, mientras que las hembras, por lo general, ostentan los mas oscuros. Véase la descripcion que hace Schinz de algunos individuos vivos: «Presenta el dorso cuatro listas longitudinales de manchas negras ó pardo-negruzcas, de las cuales las que componen las dos líneas del centro son casi cuadradas y

están colocadas muy cerca unas de otras, pero sin llegar á formar una faja en zig-zag, si bien algunas casi se tocan y á veces se ven unidas sus extremidades por otra línea negra mas estrecha, que pasa por el centro mismo del dorso; las manchas laterales son mas pequeñas; las regiones abdominales, por lo general, negras, salpicadas de blanco, y tambien á menudo con manchas rojas de orin.» La longitud varia de 0^m,50 á 0^m,60; la cola ocupa igualmente la sexta ú octava parte de esta dimension.

Debemos añadir que Linneo dió á la víbora el nombre de áspid (*coluber aspis*) y que por lo tanto podemos designarla como tal si no nos fijamos en la historia antigua. Puedo añadir además que el nombre de *vípera prester* se emplea tanto al hablar del pelias como de la víbora. En la mayor parte de las obras de Erpetología, la segunda figura con el nombre de *vípera Redii* en honor de un sabio italiano á quien debemos excelentes observaciones sobre ese reptil y sobre los efectos de su mordedura.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—«Mientras que el pelias, dice Strauch, habita las regiones septentrionales de los continentes de Europa y del Asia y solo en una parte relativamente pequeña de su área de dispersion pertenece á los países del Mediterráneo, la víbora se encuentra exclusivamente en los últimos y solo traspasa sus límites en Francia. Su área de dispersion se extiende poco mas ó menos desde los 9° hasta los 24° de longitud este del Ferrol y llega por el norte hasta los 49° latitud, al paso que en el sur se aleja muy poco de los 37° de latitud norte.» La víbora vive en Portugal y